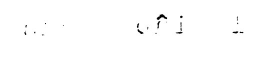
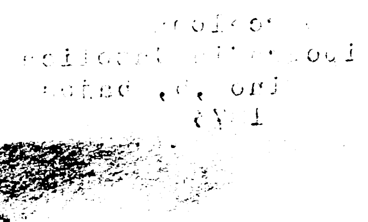
El Niño Jesus

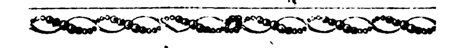
por

Monseñor de Segur.

Barcelona
Tipografia Catolica
Pino ,5, bajos
1873







EL NIÑO JESUS.



CAPITULO I.

La Virgen santísima y la Anunciacion.

Dios al criar el mundo, lo hizo para su único Hijo nuestro Señor Jesucristo que debia hacerse hombre y descender á la tierra en el transcurso de los siglos.

Entre todas las criaturas destinadas á formar de esta suerte el gran reino de su Hijo, crió Dios una á quien llenó de gracia, de bendiciones y de privilegios estraordinarios á fin de que pudiese ser digna Madre de este Hijo único, verdadero Dios con el Padre y el Es-

píritu Santo. Esta criatura, única é incomparable, es la santísima Vírgen Maria, á la cual nuestras madres nos han enseñado á conocer y á amar desde nuestros primeros años.

Dios la envió al mundo, cuarenta siglos despues de la creacion de Adan y Eva, haciéndola nacer de dos santos esposos, ya avanzados en edad, llamados Joaquin y Ana. Desde su primera infancia fué educada Maria en el templo de Jerusalen por las piadosas mujeres que á semejanza de nuestras religiosas vivian allí dedicadas al servicio de Dios, á las buenas obras y á la oracion. A los catorce ó quince años fué desposada con un honradísimo varon de su propia familia, llamado José y con él fué á establecerse en la pequeña ciudad de Nazareth en Judea, junto al mar de Galilea.

La Vírgen María, purísima y dulcísima mas que los ángeles, pasaba los dias orando y trabajando en la humilde soledad de su casita de Nazareth. Ignoraba los grandiosos designios que tenia Dios sobre ella, y al pedirle todos los dias en su oracion la gracia de ver antes de morir al Dios Salvador, Cristo, prometido y suspirado desde el principio del mundo, haciase merecedora de ser la Vírgen

escogida para darlo á luz segun las antiguas profecías.

El 25 de marzo del año 4004 de la creacion, primero de la era cristiana, la Vírgen santa mas recogida que nunca en su oracion y encendida en amor estraordinario hacia su buen Dios, hallábase retirada en una pequeña gruta, que se venera aun en Nazareth, abierta en piedra viva en la misma montaña al pié de la cual se alzaba su humilde casita. Brilló de repente una viva luz delante de ella y ofrecióse á su vista un ángel revestido de forma humana. Era el arcángel Gabriel, uno de los siete espíritus superiores que en la gloria del cielo están junto al trono del Señor. Venia de parte del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, á anunciar á Maria que era ella la criatura escogida desde toda la eternidad para recibir del cielo y dar á luz en la tierra á Cristo, Hijo de Dios, hecho hombre.

Inclinóse profundamente el Arcángel ante la Vírgen y en nombre del cielo la saludó de este modo: «Dios te salve, llena de gracia. El Señor es contigo, bendita eres tú entre todas las mujeres.»

Viendo al Angel la humildísima Maria y oyendo tan gloriosa salutacion, turbóse toda,

guardó silencio, como si asombrada se preguntase á sí propia qué significaba aquello... Gabriel prosiguió con el mayor respeto: «No temas, ó Maria, pues has encontrado gracia delante del Señor. Vas á concebir y á dar á luz un Hijo y le llamarás Jesus. Será muy grande, y su nombre será Hijo del Altísimo. Le dará Dios la herencia real de David, padre suyo, y reinará eternamente en la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin.

Maria y José habian hecho ambos voto formal de vivir todos los dias de su vida consagrados al Señor, como lo hacen ahora los religiosos y las religiosas. No se habian casado mas que para mútuamente ayudarse á servir á Dios con mayor fervor. Por esto la Vírgen Santa preguntó al Angel, cómo podia tener un hijo permaneciendo Vírgen consagrada á Dios. Respondióle Gabriel: «El Espíritu Santo bajará á tí, y por la omnipotencia del Altísimo se realizará este gran misterio. Hé aquí porque el Hijo santísimo que de tí nacerá será llamado Hijo de Dios. Nada le es imposible al Señor.»

Entonces Maria, dando su libre consentimiento para la encarnacion del Hijo de Dios

en su casto seno, dijo al ángel san Gabriel: « Soy la esclava del Señor. Que se haga en mí segun tu palabra.» Y el Angel desapareció. Y Dios Hijo se encarnó en Maria, esto es, tomó en el seno de esta Vírgen perfectísima un cuerpo humano, un verdadero cuerpo de niño, al cual unió un alma semejante á nuestras almas; y á este cuerpo y á esta alma unió su divinidad eterna é infinita.

Y de esta suerte vino la Vírgen santísima á ser milagrosamente Madre, Madre del Hijo único de Dios, verdadera Madre de Dios, Esposa del Padre celestial, templo y obra maestra del Espíritu Santo.

¡Oh Vírgen santa! ¡Cuán grande sois á los ojos de Dios y á los ojos del universo! Sois Reina del cielo y de la tierra. El Criador del universo descansa en vuestro seno para acercarse de este modo hasta nosotros. Rogad por mí, pobre pecador, ahora y en la hora de mi muerte. Así sea.

CAPITULO II.

El Niño Jesus en el seno de Maria.

Del mismo modo que los ángeles y los cristianos adoran á Nuestro Señor Jesucristo en

la santa custodia de nuestros sagrarios, así tambien debemos adorarle nosotros en la primera custodia viva que para sí mismo se formó y que es la Vírgen Maria.

Maria llevaba y encerraba en sí misma á Jesus, Dios hecho hombre. La casita de Nazareth fué de esta suerte la primera iglesia católica, y Maria la primera custodia, el primer sagrario, el primer altar, mil veces mas santo que nuestros altares, sagrarios y custodias de oro y piedras preciosas. Era en efecto custodia viva para un Dios vivo; era un sagrario que podia devolver y devolvia á Jesus amor por amor: un altar lleno del Espíritu Santo, vivo con la vida de Dios, y que comprendia el valor infinito del tesoro que consigo llevaba. El Niño Jesus que desde el primer momento de su encarnacion gozaba de claro entendimiento y perfecta voluntad, encontraba allí en su bienaventurada Madre un objeto del todo digno de su amor, un corazon del todo puro, un alma del todo santa, de manera que con ser él la santidad infinita, nada veia Jesus en su Madre que pudiese serle motivo del menor desagrado. Muy al revés. Todo en ella le regocijaba y le contentaba, y complacíase de lleno en esta obra maestra de su gracia.

Jesus encerrado así durante nueve meses en el seno de su Madre, llenábala dia y noche de nuevas gracias, de las que criatura ninguna puede llegar á formarse idea; aumentaba cada instante en ella la fe, la humildad, la docilidad, el desprecio de las cosas de la tierra, la pureza de corazon. el espíritu de obediencia y de sumision, la paciencia, la caridad para con el prójimo, el celo por la salvacion de las almas, la bondad, la misericordia, y mas que todo el ardiente amor de Dios, de aquel Dios hecho ya hijo suyo.

Y la Vírgen Santa, digna Madre de tal Hijo, digna criatura de tan buen Dios, correspondia perfectamente á cada una de estas gracias, hacía cuando podía para amar á Dios con todo su corazon, con todas sus fuerzas, con toda su alma. Venerábanla los ángeles como su soberana y Madre de su Rey, empezando así desde el cielo el culto magnífico que la Iglesia ha aprendido de ellos para tributarlo á María de siglo en siglo y de generacion en generacion, culto que le tributara hasta la fin de los tiempos en la tierra, para seguir tributándoselo en los cielos por toda la eternidad, para mayor gloria de Nuestro Señor Jesucristo.

En Vos, pues, ó Vírgen santísima, hallo yo y adoro á mi amado Jesus niño, que es mi Dios, mi Rey, mi dulce Salvador y el amor de mi alma. Pobre soy, ayudadme Vos misma á adorarle y amarle como conviene. Enseñadme á rogarle con fervor, á amarle con perfeccion, á conservarle en mi corazon constantemente para que descanse en mí por su gracia. El mismo Jesus, hijo vuestro que nueve meses habitó en vuestras purísimas entrañas, el mismo vive y habita en mi alma hecha templo suyo por el bautismo, y quiere verla tan hermosa como la vuestra y como ella tan pura, tan inocente, tan dulce y tan amorosa.

Oh Jesus, viviente en Maria, venid, pues, y vivid del mismo modo en mi pobrecito corazon! Llenadlo de vuestra santidad, comunicadle vuestra fortaleza, para que practique siempre el bien y evite siempre el mal. Dadme para mi santificacion virtudes sólidas y verdaderas. Hacedme amar lo perfecto, como Vos mismo lo amais; haced comprenda cada dia mas el misterio de vuestra infancia, modelo de mi vida. Reinad en mí, dulcísimo, suavísimo y santísimo Niño, reinad en mí é impedid que el malvado enemigo triunfe de

mi debilidad; reinad en mí para gloria de vuestro Padre y para mi felicidad y salvacion eterna.

CAPITULO III.

San José, la Vírgen Santísima y el Niño Jesus.

La Providencia destinó á José para que desempeñase en el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios una mision incomparable, la de ser guarda y protector de la debilidad y pureza de la Vírgen Santísima y mas tarde ayo y protector de Jesus durante los años de su infancia y mocedad.

El Padre eterno le eligió por representante y delegado suyo, al lado de su santa Esposa, madre virginal de su Hijo unigénito. A él solo escogió entre todos los hombres para depositario de este doble tesoro de Jesus y Maria, cuyo precio inestimable jamás podrá comprender criatura alguna.

Y no solo san José protegia y guardaba á Jesus y á Maria, sino que en nombre de Dios Padre, les dirigia, les comunicaba sus órdenes y los dos le obedecian sumisos. La Vírgen Santísima obedecia á José, como las buenas esposas obedecen á su esposo y señor; y Jesus,

con ser todo un Dios, le obedecia igualmente con humilde rendimiento, como los buenos hijos obedecen á su padre. El Niño Jesus veia en san José la autoridad de su padre celestial y la obediencia qué á los dos guardaba se confundia en una sola y única obediencia.

Necesario es, amigos mios, venerar y amar entrañablemente á san José. Haciéndolo imitarémos perfectamente á nuestro maestro el Dios Niño. San José es un santo que en cierto sentido no tuvo igual sobre la tierra. Su vocacion y destino fueron superiores al de todos los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y Santos. Fuera de la Vírgen santa, verdadera Madre de Dios, no hay otro que José sobre la tierra á quien aquel se haya dignado llamar con el santísimo nombre de padre.

José, Jesus y Maria representaron sobre la tierra una hermosa figura de la Santísima Trinidad. José representaba al Padre que le habia transferido sus derechos sobre su Hijo: Jesus no solo representaba sino que era realmente el mismo Hijo de Dios. La Vírgen santísima representaba el Espíritu Santo del cual era templo sin mancilla.

Dios mismo fue quien por medio de Gabriel descubrió milagrosamente á san José el mis-

terio de la encarnacion realizado en Maria. Esta por humildad á nadie lo habia comunicado ni aun á su santo Esposo. Desde este momento José no cesó de adorar á Jesus aunque encerrado en las entrañas de su Madre. Vivia al lado de Maria como el sacerdote junto al sagrario que encierra la santa Eucaristía y en union con la Vírgen y los ángeles tributaba al Hijo de Dios hecho hombre todas las adoraciones que merecia tan señalado amor.

Atendia así mismo á las necesidades materiales de la Vírgen santísima, trabajando con el sudor de su rostro, pues á pesar de ser ambos de la descendencia real de David, eran pobrecitos. ¡Oh cuan ricos eran en medio de esta su pobreza, poseyendo el Rey del cielo y el Tesoro del paraiso!

CAPITULO IV.

Belen y la noche de Navidad.

A fines de Diciembre de este mismo año la Vírgen santísima y san José viéronse obligados á pasar de Nazareth á Belen, á pesar del rigor del invierno, á fin de obedecer á un

edicto del emperador Augusto, quien habia decretado un empadronamiento general del imperio. Los Romanos habian conquistado la Judea con el resto del mundo y el emperador movido de su orgullo deseaba saber fijamente el número de sus vasallos. La pequeña ciudad de Belen, situada cerca de Jerusalen, era el lugar en donde debian hacerse empadronar los individuos aun existentes de la familia de David. Mas de mil años antes, el mismo David habia nacido y estaba avecindado en Belen. Allí durante mucho tiempo habia pastereado los rebaños de su padre; figura profética de Jesus verdadero rey de Israel, que en el mismo lugar habia de nacer y hacerse el buen Pastor de todos los hijos de Dios y gefe de la Iglesia.

El veinticinco de Diciembre, despues de algunas jornadas de viaje, José y Maria llegaron á Belen, mas como su aspecto fuese muy pobre no se les quiso recibir en ninguna posada. Obligados se vieron á recogerse en una cueva cercana á Belen á fin de abrigarse allí durante la noche. Estaba la tal cueva abierta en roca viva y servia de establo á los animales de las inmediaciones; tenia en el fondo un canal de piedra y encima un pesebre ó comedero para las bestias.

San José manso y humilde de corazon, no se quejó de tanta miseria y procuró aposentar lo mejor que pudo á la Vírgen Santísima en aquel triste asilo. Dios que se complace en confundir el orgullo de los hombres y en sacar de la nada la mayor grandeza, habia escogido esta cueva para que fuese el primer palacio de su Hijo unigénito al aparecer en medio de los hombres.

Cerca ya la media noche, conoció la Vírgen ser llegada la hora en que debia dar á luz al Hijo de Dios, Hijo suyo. Advirtióselo á san José y ambos prepararon un pobrecito lecho de hierba y paja en la canal de piedra que estaba junto al pesebre. Dispusieron tambien algunos pañales ó ropita que consigo habian traido. Segun antiguas y santas tradiciones la bienaventurada Vírgen vistióse entonces una luenga túnica de lana y un velo blanco símbolo de su inocencia. El blanco es en efecto el color mas puro, el color de Dios...... Sintióse entonces abrasada en amor extraordinario, púsose de rodillas y extendiendo hácia el cielo sus manos aguardó el instante decretado por el Señor.

En medio de vivísima luz, vió de repente aparecer delante de sus ojos á su adorabilísimo

Niño, como suspendido en el aire, rodeado de llamas y mirándola con amor infinito. Tomóle en sus manos purísimas, adoróle como su Criador, su Salvador y su Dios, besóle mil veces como hijo queridísimo, presentóle luego á san José que no osaba acercarse, teniéndose por indigno de alzar sus ojos para mirar el Verbo hecho carne. Envolvió luego al tierno infante en unos pobres pañales y con el auxilio de José, recostólo blandamente en la camita de pajas.

En el templo de Jerusalen dos serafines de oro, de colosal grandeza, figuraban estar en perpétua adoracion á los dos lados del arca de la alianza. En ellas estaban representadas María y José adorando al Niño Jesus, cuya humanidad santa es la verdadera arca de la alianza y el centro de toda la religion.

Unámonos amigos mios, á las adoraciones, á los ruegos y al amor de la Vírgen y de san José, cuando nos encontremos en nuestra Iglesia junto el sagrario de Jesus sacramentado. Allí está presente el Niño Jesus como lo estuvo un dia en la cueva de Belen. Desde el fondo del sagrario nos mira, nos bendice, nos ama, como miraba, bendecia y amaba en la noche de Navidad á su dichosísima Madre y á san José.

CAPITULO V.

Los pastores y el Niño Jesus.

En esta santa noche algunos pastores estaban velando y guardando sus rebaños en las campiñas de Belen, como lo hiciera un dia allí mismo el jovencito David. Una piadosa tradicion cita á tres de ellos, un anciano, un hijo suyo y su nieto.

De repente apareció delante de ellos el ángel del Señor, probablemente Gabriel, que era el ángel de la Vírgen y del Niño. Rodeóles una gran claridad y quedaron aterrados. Esta claridad era figura de Jesucristo verdadera luz de las almas, como tambien significaba la fe que es el conocimiento de Jesucristo. El Ángel con voz toda celestial les dijo: «No temais, vengo á anunciaros nueva de grande júbilo para vosotros y para todos los hombres: hoy mismo acabá de nacer en la ciudad de David el Salvador, que es vuestro Señor y vuestro Cristo. Por estas señas le conoceréis. Le hallaréis en forma de pequeño Niño, envuelto en pañales y acostado en un pobre pesebre.»

Y al mismo tiempo gran muchedumbre de espíritus celestiales juntóse al Ángel, haciendo resonar los aires con alabanzas á Dios y entonando por vez primera este cántico que la Iglesia repite todos los dias en la misa: «¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Gloria á Dios en el cielo, y sobre la tierra paz á los hombres de buena voluntad!» Tras esto desaparecieron los ángeles y volviéronse á los cielos.

Los pastores, llenos de admiracion y júbilo, se levantaron todos á un mismo tiempo diciéndose unos á otros: «Démonos prisa, lleguémonos á Belen y veamos con nuestros propios ojos las maravillas que el Señor acaba de anunciarnos.» Y corrieron á la cueva de David y encontraron á Maria y á José, y al Niño Jesus puesto en el pesebre. Postráronse delante de él llenos de fe y de buena voluntad. Adoráronle como á su Salvador, Redentor del mundo, Cristo Señor, Hijo de Dios, hecho hombre. Su fé les hizo descubrir bajo las humildes apariencias del pobrecito recien nacido, al Dios viviente, Criador y dueño de todas las cosas que reina con el Padre y el Espíritu Santo desde toda la eternidad y por todos los siglos de los siglos.

Así sucede con nosotros, hijos fieles de la Iglesia, cuando dóciles á las enseñanzas del sacerdote, que es ángel tambien, es decir, enviado de Dios, nos acercamos á Jesus presente y como recostado en el dulcísimo Sacramento del altar. Bajo la humilde envoltura del Sacramento, nuestra fe descubre y adora el Niño Jesus, verdadero Dios y verdadero hombre. Los pastores de Belen no veian allí mas que un pequeño Niño y adoraban en este Niño el Hijo de Dios. Y con mucha razon. Nosotros herederos de su fé y como ellos alumbrados de luz celestial no vemos en la santa Eucaristía mas que una pequeña hostia, una apariencia de pan y con todo adoramos á Jesus en este Sacramento. Y con muchísima razon tambien, pues en él está real y presente como reina en los cielos y como le verémos un dia en el paraiso.

¡Oh! ¡Con cuan o afecto de su corazon bendijo el Niño Jesus á estos buenos pastores, á estos sus queridos pobres que fueron llamados los primeros á la honra de verle y á la dicha de conocerle! ¡Con cuánta alegría se lo entregó la Vírgen Santísima para que pudiesen llenar de dulces besos sus manos y sus piés, aquellas tiernas manos y piés que debian

verse un dia en cruz por nuestro amor. ¡Afortunados pastores del pesebre! Rogad por nosotros desde el cielo.

CAPITULO VI.

Los Magos y el Niño Jesus.

El buen Jesus, Salvador de todos los hombres, ama con igual amor á los pequeños y á los grandes, á los pobres y á los ricos.

Llamó primero que á los demás á los pobres y á los pequeños, por lo mismo que estos estaban mas abandonados y tenian mas necesidad de los consuelos de la fe; pero luego despues, hé aquí que desde el fondo de su pesebre obra un segundo milagro para llamar á sus piés á los sabios y grandes del mundo.

La luz celestial que habia rodeado á los pastores en la noche de Navidad, era figura de la fé, luz del cielo que conduce á los hombres á los piés de Jesucristo.

Una estrella milagrosa, de grandeza y resplandores estraordinarios, figura tambien de la fé, apareció al mismo tiempo en lejanas regiones, á tres ricos y sabios personages á

quienes se llama los *Magos*. Reinaban en calidad de príncipes en una parte de la Caldea y Arabia. Eran hombres religiosos, rectos y sinceros, no menos bien dispuestos que los pastores de Belen. Mas eran ricos: y los ricos, particularmente los muy ricos tienen mas camino que andar para acercarse á Jesucristo. Los pastores, al contrario, eran pobrecitos; no les embarazaba el fausto ni la opulencia y libres de este estorbo pudieron llegarse desde luego á su Salvador.

Los Reyes Magos respondieron, como los pastores, al llamamiento del cielo; la milagrosa estrella hízoles conocer que la hora vaticinada por las antiguas tradiciones del género humano, habia sonado al fin, y que habia nacido Cristo, Rey y Salvador del mundo.

Dóciles á la voz del cielo, pusiéronse luego en camino, seguros de que el buen Dios no les engañaría y de que la estrella les conduciría hasta encontrar el Mesías recien nacido. En efecto: la estrella celestial, dirigida por los ángeles, caminaba delante de ellos mostrándoles el camino, parecida en toda á la luz de la verdadera fé que nos guia al través de las oscuridades de este mundo por el verdadero camino del cielo que conduce á Jesucristo.

Los Magos llevaban consigo numerosos criados, con ricos presentes para Cristo Rey y entre otras cosas, oro en polvo, granos de incienso y mirra.

Conducidos siempre por la estrella llegaron los Magos á Jerusalen. Presentáronse al rey de los Judíos llamado Herodes. El tal Herodes, tributario del Emperador romano, era un malvado, ambicioso, hipócrita y cruel, resuelto á no dejar por nada el poder que habia usurpado. Los buenos Magos, que nada de esto sabian, fuéronse á él y le preguntaron con sencillez: «¿Donde está el Rey de los Judíos que acaba de nacer? Desde el fondo de Oriente hemos visto su estrella y venimos para adorarle.»

Al oir esto, turbóse Herodes y con él toda su corte. Disimuló entre tanto sus temores y su enojo, y despues de haber consultado á los Sacerdotes Judíos y á los doctores de la ley, dijo á los Magos: «En Belen de la tribu de Judá ha de nacer el Cristo Rey de Israel segun las antiguas profecías. Idos, pues, á Belen, adorad al Rey nacido, y luego que lo hubiereis encontrado, volved cuanto antes á decírmelo para que vaya tambien yo á rendirle mis homenages.»

El traidor no decia esto con buena intencion: queria, sin tomarse la pena de buscarlo, deshacerse á mansalva de aquel á quien consideraba como rival peligroso.

Los Reyes Magos, al contrario, procedian de buena fé ni otra cosa buscaban ni deseaban que hallar á Jesus. Por esto le hallaron sin dificultad. La sagrada estrella brilló de nuevo sobre sus cabezas, mas y mas resplandeciente á medida que iban acercándose á aquel que es la verdadera luz del mundo. Con ella llegaron los Magos hasta Belen; viéronla colocarse encima la cueva, y llenos de júbilo, penetraron allá y encontraron al Niño Jesus con Maria y José y postrándose le adoraron...

Adoráronle como á su Dios, como á su Rey y como á su Salvador. Ofreciéronle como á Dios el incienso, figura de la oracion; como á Rey el oro, figura de la dignidad real; como á Salvador y víctima la mirra, planta preciosa que sirve para embalsamar los cadáveres, y cuyo amargor significaba todos los sufrimientos del misterio de la Redencion.

En nombre de su Hijo aceptó la Vírgen estos presentes. La santa familia vivió de ellos algun tiempo repartiéndolos juntamente entre los pastores y los pobres.

Los Magos permanecieron en Belen algunas semanas. No sabian cansarse de ver y adorar al Señor. La Vírgen y san José les instruian, como hacen ahora los sacerdotes con los fieles, y el Niño Jesus les bendecia. El fué quien les envió uno de sus ángeles encargándoles durante el sueño, que no volviesen á Jerusalen y que olvidasen para siempre al malvado Herodes. Volvieron, pues, á su país por otro camino y Herodes les aguardó en vano.

Jesus es el Rey de los reyes, el Maestro de los sabios y el Dueño de la tierra lo mismo que de los cielos. Todo es suyo acá abajo como allá arriba, porque él solo es el Señor.

Todos los reyes deben obedecerle, adorarle y humillarse en su presencia y sometersele en todas las cosas. Y los que de tal suerte no obraren, son malos reyes y no gozarán de su paraiso. Todos los sábios deben reconocerle por Maestro suyo y preferir siempre su enseñanza á sus propios descubrimientos, el solo (y su vicario el Papa en cosas de fe) son infalibles, es decir, no pueden equivocarse, mientras que todos los hombres se engañan y nos engañan con harta frecuencia. Quien enseñare lo contrario de lo que enseña Jesus,

se engaña. Finalmente, todos los ricos y poderosos de la tierra deben recordar á todas horas, que Jesus es el dueño absoluto de sus riquezas y de su poder y que de esto les pedirá cuenta rigurosa en la hora de la muerte. Al fuego eterno serán condenados por este Niño, así los malos ricos, como los sábios orgullosos é incrédulos y los príncipes malvados.

¡Cuán grande sois, ó pequeñuelo Niño Jesus! La Vírgen os tiene en sus manos y sois mayor que el mundo, mas poderoso que los reyes, mas sabio que todos los doctores. Nada teneis y sois á pesar de esto mas rico que todos los ricos. ¡Haced que comprenda bien cuan grande honra es la mia en ser vuestro servidor! ¡Humillarse delante de Vos es elevarse hasta los cielos, dároslo todo es dejar la nada por adquirir en cambio á Dios y la vida eterna! ¡Serviros á Vos, ó Jesus mio, es reinar!

CAPITULO VII.

El Niño Jesus presentado al Templo.

Ocho dias despues de su nacimiento, el Niño Dios, en la ceremonia de la Circuncision

ordenada por la ley de Moisés, recibió de la Vírgen y de san José el nombre misterioso de Jesus. *Jesus* en lengua hebrea significa *Salvador*. *Cristo* significa ungido ó consagrado, rey ó primer pontífice. En efecto, Nuestro Señor es todo esto para nosotros. Es el soberano Pontífice de Dios en medio de sus criaturas, el Rey supremo de los hombres y de los ángeles, el Santo de Dios. el Santo por escelencia, ungido ó consagrado por el Espíritu Santo que en el descansa en toda su plenitud. ¡Cuán dichosa fué, pues, la Vírgen Santísima en ser madre de tal Hijo!

Sabia ella y sabíalo tambien san José, que el Hijo de Dios, haciéndose hombre en nada queria distinguirse de los demás hombres y que para darles desde su nacimiento lecciones y ejemplos de verdadera virtud queria obedecer en todo á la ley de Moisés. Esta ley era la que él mismo habia dictado antiguamente á aquel su siervo en la montaña de Sinaí, y el Niño Dios se sometió humildemente á ella como el último de los niños. ¿Quién despues de esto, rehusará obedecer?

Ordenaba tambien la ley, que cuarenta dias despues de su nacimiento los niños primogénitos fuesen presentados al templo por sus

madres y allí consagrados al Señor. La Vírgen santísima y san José llevaron al Niño Jesus en el Templo de Jerusalen y mientras el sacerdote ofrecia al Padre celestial el Hijo de Dios sin conocerle, un santo viejo llamado Simeon se acercó al Niño y lleno de Espíritu Santo que le habia revelado que habia de ver antes de morir á Cristo Salvador, reconoció á Jesus por el Hijo de Dios, le tomó en brazos, le adoró de todo corazon y exclamó en el transporte de su alegría y agradecimiento. «¡Oh Señor, ahora puede vuestro siervo morir en paz, pues, conforme á vuestra promesa, mis ojos han visto al Salvador que Vos habeis enviado para redimir á todos los hombres, y ser la luz del mundo y la gloria de vuestro pueblo Israel!» La Vírgen Santísima y san José admiraban estas maravillas y Maria conservaba y meditaba en su corazon todo lo que veia y oia en órden á su Hijo.

Simeon, que no conocia á Maria ni á José, les bendijo al devolverles el Niño Jesus. Volvieron á Belen esperando para el regreso á Nazareth que el Señor les manifestase su voluntad.

Mas entretanto el pobrecito Niño Jesus lloraba y sufria mucho. La persecucion, la san-

gre y las lágrimas acompañaron su nacimiento, como acompañaron mas tarde su muerte. Porque nuestro Señor no es solamente Dios ni solamente hombre, es además víctima, víctima por todos los pecados del mundo, víctima voluntaria é inocente, y como tal debió sufrir, debió llorar y ser herido de mano de Dios y de mano de los hombres. Fué el impío Herodes quien se encargó el primero de perseguir á Jesus. No tiene nuestro Señor enemigos mas encarnizados que los malos gobernantes.

CAPITULO VIII.

El Niño Jesus y los santos Inocentes.

En vano el malvado rey aguardaba cada dia á los Magos. Viendo que no se presentaban y entendiendo que de ningun modo podia ya contar con ellos para saber de fijo en donde estaba el Niño que la milagrosa estrella les habia señalado, tomó el partido de asesinar sin tardanza á todos los niños de Belen y de sus cercanías que no hubiesen llegado aun á la edad de dos años. De esta suerte el Rey recien nacido seria destruido infaliblemente con los demás.

Hizo Herodes cercar á Belen por gruesa turba de soldados que entrando luego en las casas degollaron sin piedad á todos los niños así ricos como pobres, de suerte que despues de tan horrible matanza no quedó en la ciudad un solo niño. No se oian mas que gritos de desesperacion; las desdichadas madres que perdian sus queridos pequeñuelos mesábanse los cabellos maldiciendo al feroz tirano. ¡Ah! Su desventura pudo ser tal vez un castigo de la dureza con que algunos dias antes aquellos Betlemitas habian negado hospitalidad á san José y á la Vírgen Santísima, la noche del veinte y cinco de diciembre.

El único infante á quien Herodes deseó hacer morir fué el que escapó de su furor. La noche antes un ángel habia sido enviado á José. «Levántate, le habia dicho el enviado celestial, toma al Niño y á su Madre, deja á Belen y huye á Egipto y quédate allí hasta que yo te lo avise de nuevo. Los malvados ponen asechanzas á la vida del Niño.» Y luego, obediente siempre y fiel, levantóse José, tomó consigo á María y al Niño Jesus, acomodó á los dos sobre un jumentito, segun nos refieren antiguas tradiciones, y dejándose conducir por la providencia del Padre que

reina en los cielos, huyóse de Belen mucho antes que los soldados de Herodes diesen principio al deguello de los niños Inocentes.

Este nombre ha dado la Iglesia á los primeros mártires de Jesus. *Mártir* significa *testigo*. Los Inocentes niños de Belen degollados por causa de Jesus y en lugar de Jesus, (y con Jesus si hubiesen podido cumplirse los deseos de Herodes), fueron los primeros testigos del reinado de Jesucristo sobre la tierra. Fueron bautizados con su propia sangre. Esta sangre inocente fué derramada por un rey que no queria que Jesus lo fuese, como mas tarde la sangre de otros mártires debia ser vertida por príncipes malvados que querian impedir que Jesucristo reinase sobre el mundo.

¡Gloria á vosotros, primeras flores del martirio, santos Inocentes! tiernos testigos del Niño Jesus, capullos apenas entreabiertos y teñidos ya de púrpura gloriosa! ¡Dulces niños de Belen, modelos y protectores de los niños cristianos, rogad por nosotros á fin de que desde nuestra infancia rindamos homenage de fidelidad á nuestro Salvador con una vida inocente y buena, con un acendrado amor al Niño Jesus, á Maria y á la Iglesia.

La Sagrada Familia vivió en Egipto mas de tres años, hasta que el ángel de Dios fué enviado de nuevo á san José quien emprendió otra vez con María y con Jesus el camino de Judea. Mas temiendo aun por la vida del precioso tesoro confiado á su amor, prefirió vivir alejado de Jerusalen y fué á establecerse con el Niño y su Madre en Nazareth de Galilea, en donde habia tenido lugar el misterio de la Encarnacion.

CAPITULO IX.

El Niño Jesus en Nazareth.

Venéranse aun, hoy dia, en la basílica de Nuestra Señora de Loreto las paredes de la humilde casa que sirvió de asilo al Niño Dios, á la Vírgen y á san José despues de su regreso de Egipto. Esta preciosa reliquia, milagrosamente transportada por los ángeles, cuando los turcos quedaron dueños absolutos de Palestina, se habia conservado en Nazareth, donde los peregrinos no cesaban de venerar y cubrir de besos aquellas piedras sagradas. Allí, en efecto, en aquella pobre casita, creció el Niño Jesus y se preparó en la

oscuridad y en el silencio, para predicar al mundo la palabra de salvacion y morir para redimirnos. De su infancia una sola cosa nos dice el Evangelio. «Vino á Nazareth con José y con Maria y *estaba sumiso á ellos.*»

La obediencia, la obediencia perfecta constante y universal, tal era toda la ocupacion del Niño Jesus en la santa casa de Nazareth. Hacia lo que se le mandaba, y en esta dulce y humilde sumision reparaba la rebeldía que se halla en el fondo de todo pecado. ¿Qué es en efecto el pecado sino una rebelion contra la voluntad de nuestro buen Dios? Tú ya nunca mas lo vas á cometer, ¿no es verdad hijo mio ó hija mia?

El Niño Jesus en Nazareth enseña á todos los cristianos, discípulos suyos lo que deben hacer para ser dignos de él. Deben ante todo obedecer á Dios cuya voluntad se manifiesta en las órdenes de sus padres. Deben rezar, trabajar, callarse, ser la alegría de su familia, el consuelo de sus mayores, prepararse por medio de una santa infancia á la santidad de toda la vida, hacerse unos pequeños niños Jesus, en todo parecidos á su divino modelo el Santo, el Dulce, el Bondadoso Hijo de Maria.

CAPITULO X.

El Niño Jesus verdadero Dios vivo.

¡Hijo mio ó hija mia! Traslademonos en espíritu á la santa casita dé Nazareth y aun si te place mas á la pobre cueva de Belen, y allí, con los pastorcillos, si eres pobre, ó con los reyes si eres rico, arrodillémonos á los piés del Niño Jesus, que nos lo presenta la santa Vírgen madre suya.

¿Ves esta amable y graciosa cabecita inclinada háciá tí? ¿Ves los dulces ojuelos de tu Salvador que te llaman, aguardando que tus tiernos lábios puedan pronunciar su nombre? ¿Ves su bondad, su sonrisa, sus manecitas que se abren para bendecirte? Sepas que este pobrecito Niño, que parece ser nada, es Dios eterno, todopoderoso, infinito, que crió y sostiene los cielos y la tierra, que á tí tambien te ha criado, sin el cual no existiria el mundo y por el cual existe todo lo que existe.

Este Muchachito es juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, el solo Dios vivo y verdadero, quien no le conoce no conoce al

único verdadero Dios. Los dioses que adoran las falsas religiones no son, no, el Dios vivo, son fantasmas, invenciones de la imaginacion. O bien, si sus adoradores están de buena fe en su error, el Dios á quien adoran sin conocerle y sin saber su nombre es el Dios del pesebre, el Niño Jesus, el Dios de tu corazon y de tu amor.

El Niño Jesus es el centro de todas las obras de Dios. Todo viene de él, y á él vuelve todo, como en un círculo todos los radios salen del centro y vuelven de la circunferencia al mismo centro. Angeles y hombres, animales y plantas, tierra y cielos, aire, luz y astros, todo pertenece á Jesus, á este tierno Niño; es su Dios y es su Criador y su verdadero dueño, y cometemos un horrendo crímen nosotros cuando hacemos servir contra él á sus propias criaturas.

El Niño Jesus es el Hijo de Dios hecho hombre, es la segunda persona de la Santísima Trinidad, igual en todo al Espíritu Santo y al Padre, es Dios revestido de una alma y de un cuerpo y apareciendo así en medio de nosotros y abajándose hasta nosotros, á fin de que nosotros en cambio le amemos y podamos mejor conocerle: es el buen Dios,

verdaderamente bueno y muy bueno é infinitamente bueno que va á emprender una vida semejante á la nuestra, para comunicarnos por medio de su gracia una vida santísima, una vida divina, una vida eterna, semejante á la suya.

Hay en Jesus dos naturalezas y una sola persona. Escucha bien esto que es algo difícil de comprender. Hay en Jesus dos naturalezas y una sola persona, es decir, hay la divinidad y la humanidad, ambas distintas, pero unidas en una sola persona que es Jesus, verdadero Dios y verdadero hombre, verdadero Hijo de Dios y verdadero Hijo de Maria, Jesus la persona del Hijo unigénito de Dios.

En Jesus, el alma y el cuerpo no forman una persona distinta de la persona del Hijo de Dios. El Hijo de Dios se unió sencillamente á esta alma y á este cuerpo que se convierten en verdadera alma y verdadero cuerpo suyos, pero que no constituyen en él dos personas. Porque no hay en Jesus mas que la sola persona divina del Hijo de Dios. La Vírgen, madre verdadera de esta persona divina, es la verdadera madre de Dios.—Lo mismo pasa en mí y en tí y en cada uno de nosotros con respecto á nuestras madres. Hay en tí, dos na-

turalezas en una sola persona; hay en tí el alma y el cuerpo, dos naturalezas distintas, la naturaleza espiritual y la naturaleza corporal, unidas en una sola persona, que eres tú. Tu madre es madre de esta persona, ella es pues tu verdadera madre, á pesar de que no te ha dado mas que el cuerpo. Del mismo modo la Vírgen es madre de Jesus Dios, por mas que ella no haya dado á Jesucristo mas que su humanidad.

Debemos adorar la humanidad del Niño Dios, porque unida á su divinidad, no forma mas que un solo é indivisible Jesus, que es Dios, Dios adorable. La divinidad penetra de tal suerte el alma y el cuerpo de Jesucristo, que hace con él una sola cosa y nada los puede separar.

Otras cosas y muy hermosas por cierto tendria que decirte, hijo mio ó hija mia, sobre el sublime misterio de la divinidad del Niño Jesus, sobre su humanidad santísima, y sobre las relaciones secretas que existen entre esta humanidad y nosotros. Conténtate con adorar profundamente y amar de todo corazon al Niño Jesus, tu Señor y tu Dios.

Hay gentes impías que ni le adoran ni le aman y que llegan hasta blasfemar su nombre

y mofarse de él; ruega por ellos, hijo mio ó hija mia, pues son harto dignos de compasion. No saben que rechazando al Niño Jesus, rechazan á su único Señor, el mejor de los señores, el verdadero Dios que reina desde toda la eternidad.

CAPITULO XI.

El Niño Jesus adorador.

Es, pues, el Niño Jesus el Dios único, el Dios todopoderoso y eterno á quien es preciso adorar; sí, y el que no le adora es un demonio ó un condenado. Y no obstante, como es verdadero hombre al mismo tiempo que verdadero Dios, como tiene un alma en todo parecida á la nuestra, el Niño Jesus adora á su vez á Dios Padre celestial y le rinde en nombre de todas las criaturas incomparables homenajes.

Atiende bien á esto, hijo mio ó hija mia, porque ahí está todo el secreto de la religion cristiana. Jesus es el perfecto adorador de Dios, y para adorar bien á Dios debes tú unirte á tu buen Jesus, y adorar á Dios con él, como él, por él y en él. Nadie puede acer-

carse al corazon de Dios sino por medio de Jesucristo, como lo declaró él mismo en su Evangelio. «Nadie puede llegarse al Padre sino por mí.»

La religion es el lazo que une á Dios con el hombre y al hombre con Dios. Y nuestro Señor Jesucristo Dios-hombre, es quien ha hecho bajar á Dios hasta el hombre, al mismo tiempo que hacia subir el hombre hasta Dios. Hé aquí porque el Niño Jesus, en nombre de todos los cristianos, y de todos los hombres adora á Dios á fin de que por él descienda la gracia sobre todos ellos y tengan sus ruegos y adoraciones un medio para llegar hasta el trono de Dios. ¿Comprendes bien esto? El Niño Jesus es como la puerta del cielo, por donde pasa Dios para bajar á nosotros, y por donde pasamos nosotros para subir y poseer eternamente á Dios.

Debemos pues rogar y adorar á Dios con Jesus adorador. Como él debemos adorar y debemos rogar, teniendo gran respeto á la magestad de Dios, fino amor á su bondad infinita, perfecta sumision á su voluntad, verdadera sencillez y alegría como de hijos hácia su Padre celestial.

Debemos rogar y adorar á Dios en Jesus,

es decir, buscando siempre á Dios en su Hijo único Jesucristo, porque allí está y solo allí. En efecto. Aunque Jesus es la segunda persona de la Santísima Trinidad, y no la primera ni la tercera, el Padre y el Espíritu Santo le están de tal suerte unidos que en él están como en un verdadero templo. El que vé al Niño Jesus vé al Padre celestial: el que ama al Niño Jesus ama á Dios su Padre; el que escucha y recibe al Niño Jesus, escucha y recibe al Espíritu Santo que es el Espíritu de Jesus. En Jesus debes, pues, hijo mio ó hija mia, buscar á tu Dios para adorarle, rogarle y rendirle todos los homenages de la religion. Quiere Dios que vayas á él por este camino y si tú te niegas á entrar en él, no llegarás á Dios ni en esta vida ni en la otra. «Yo soy el camino, dijo Jesus en el Evangelio, quien por mí anduviere, será salvo.»

Os adoro pues de todo corazon como Dios, ¡ó Niño Jesus! A Vos vengo para rogar y adorar del modo debido. Me uno á vuestro corazon, á vuestra alma santa, á vuestros tiernecitos labios, á vuestra adorable humanidad, para rendir á mi Padre celestial, que tambien lo es vuestro, las adoraciones, el respeto, los homenages y súplicas que le debo.

¡ Santísimo Niño Jesus ! ¡ Suplid Vos lo que me falta y dignaos ofrecer mis pobres oraciones tan débiles, tan distraidas, á la majestad infinita de Dios que en Vos tiene todas sus complacèncias.

En el pesebre como en el seno de su Madre fué la principal ocupacion del Niño Jesus la adoracion de Dios su Padre, y por ser Hijo de Dios quien así adoraba, tenian sus adoraciones mérito infinito, eran dignas en todo de la grandeza y majestad de Dios, y su oracion elevábase á la altura del Señor tres veces santo á quien no pueden abarcar los cielos ni la tierra. La Vírgen, san José y los ángeles uníanse, en lo posible, á las adoraciones del Niño Jesus. Hagamos todos lo mismo.

CAPITULO XII.

El Niño Jesus Salvador y Víctima.

El Niño del pesebre no es solamente el Hijo de Dios hecho hombre, es además el Salvador y la Víctima por los pecadores.

El pecado es la muerte del alma, pues la vida del alma es su union con Dios, y el pecado la separa de él. Al pecar, estábamos, pues,



todos condenados á muerte y eternamente perdidos, á no mediar la misericordia infinita de nuestro Padre celestial, que se dignó enviarnos su Hijo para que él tomase sobre sí el castigo de nuestros pecados y fuese de esta suerte nuestro Salvador y Víctima nuestra.

Haciéndose hombre el Hijo de Dios, obedeciendo á esta voluntad de su Padre celestial y secundando los planes de su misericordia, encargóse voluntariamente de todas nuestras culpas y presentóse ante su Padre como la Víctima universal del pecado, como el gran Penitente de todo el linage humano, como el Cordero inocente que venia á salvar la vida de todo el rebaño, ofreciéndose á la muerte en nombre y representacion de todos los demás. ¡Qué amor! ¿no es cierto? ¡qué bondad!

Por esta causa, desde el primer instante de su nacimiento, la justicia del Padre trató al Niño Jesus con el rigor que mereciamos nosotros; no lo merecia él, pues era inocentísimo Hijo de Dios, tomólo empero sobre sus espaldas para librarnos á nosotros. Nosotros en vez de él lo merecíamos, y si él pareció merecerlo, fué únicamente por nuestra causa.

El inocente se ofreció en lugar de los culpables para salvarlos, porque mas que á sí

mismo los amaba. ¡Oh! ¡cuánto debemos amar tambien á Jesus nuestro Redentor! Amar debemos y venerar y adorar sus lágrimas, sus sufrimientos, sus humillaciones de toda clase, su oscuridad, su sangre y su muerte. Todo esto es precio de nuestra salvacion y muestra de su inmenso amor.

Si nuestro Señor no hubiese tomado sobre sí el castigo de nuestros pecados, habria aparecido delante de nosotros como Rey de gloria, resplandeciente con la majestad de Dios, luminoso, admirable, con un poder sin límites; hubiérasele visto en el dia de su Encarnacion como se le verá á la fin del mundo, al bajar otra vez sobre la tierra, con toda la gloria de su Padre, rodeado de ángeles, para juzgar á vivos y muertos, es decir, á elegidos y á condenados. Pero no: para rescatarnos dejó Jesus todas sus vestiduras de gloria y oscureció todos los rayos de su divinidad, dejóse ver en medio de los hombres como un penitente, como un criminal herido por la Justicia divina.

Hémosle visto pobre, desprovisto de todo, anonadado, sometido al trabajo y al dolor, llorando y suplicando. Hémosle visto vendido y agonizante, abofeteado y ultrajado, perse-

guido, mofado y condenado á muerte. Hémosle visto crucificado, moribundo y muerto, reducido á la condicion de triste cadáver, solo por nuestro ámor, por amor á nosotros pecadores indignos, tan indignos que gastamos muchos la vida en olvidar á este Salvador, en blasfemar á esta víctima, diciéndole, ¡Nada querémos de tí!

¡Hijo mio ó hija mia! Consuela tú al menos á Jesus con tu fervoroso amor! ¿Seria tu corazon tan ingrato como los otros? ¿Te alejarías de quien para favorecerte bajó del cielo á la tierra á sufrir y morir por el amor que á tu alma tenia? Amale, amale con todo tu corazon, y al pronunciar el nombre sacrosanto de Jesus, no olvides que Jesus significa Salvador, y que al Niño Jesus Salvador debes la vida de tu alma y tu dicha en el tiempo y en la eternidad.

¡Ay de los ingratos! «Si alguno no ama á Nuestro Señór Jesucristo, escribe el apóstol san Pablo, sea anatema.»

CAPITULO XIII.

El Niño Jesus pobre.

Es la pobreza uno de los castigos del pecado. Adan, nuestro primer padre, en su estado de inocencia era dueño del mundo. «Te he dado la tierra, le habia dicho Dios, sobre ella reinarás y sobre todas las plantas y sobre todas las aves del cielo y sobre todos los peces del mar y sobre todos los animales.» Pecó Adan y perdió su reino y de muy rico vino á quedar en la mayor pobreza.

Jesus para expiar el pécado, tuvo, pues, que hacerse tambien pobre: pobre voluntariamente, pobre por misericordia y por caridad, pobre para volver á todos los que creen en él y le aman la corona y el reino de la eternidad.

Sobre sí tomó la pobreza con todos sus rigores y dolorosas privaciones; quiso que su Madre y Padre adoptivo fuesen pobres á pesar de ser ambos de estirpe real; quiso nacer como niño infeliz en una pobre cueva abierta á todos vientos y á propósito cuando mas para abrigo de animales, los pañales con que

fué envuelto y que se veneran aun en Roma junto con la madera del pesebre, son tan groseros y bastos que los niños mas pobres no los usan mas ordinarios; su primer colchon fué una piedra áspera, un vil pesebre, un miserable comedero de madera que á nadie pertenecia. ¡Tan indigno era! Hé aquí cual fué la entrada de Cristo en el mundo. Pobreza, privacion, universal abandono, tal pareció ser su divisa.

En Nazareth quiso ser tan pobre como en Belen. Dispuso que sus padres viviesen a jornal del solo trabajo de sus manos; mas tarde trabajó él mismo como un pobre aprendiz, como un triste artesano que no tiene otra riqueza que sus dos brazos. Así fué toda su vida una como preparacion para aquella completa desnudez en que quiso morir sobre una cruz, mas pobre aun que en su cuna... allí a lo menos le cubrian miserables pañales!!

¡Pobres, regocijaos! Dios se ha hecho semejante á vosotros bajando hasta el fondo de vuestra miseria. Por esperiencia lleva conocidas vuestras angustias y privaciones. Si le amais, os tiene preparado en el paraiso un reino inmenso en donde compartirá con vosotros los tesoros sin límites de su poder.

¡Ricos de la tierra! ¡Cuidado con vuestras riquezas! Son falsos bienes que Jesus ha desdeñado y que muy á menudo dificultan á quien los posee el amor y deseo de los bienes verdaderos y de las riquezas eternas. ¡Cuenta con vosotros! A lo menos con el corazon y con el espíritu debeis vivir desprendidos de todo eso, si amais el dinero y no la pobreza de Jesus, no podréis figurar entre sus discípulos, ni entrar jamás en su reino bienaventurado.

¡Hijo mio ó hija mia! ama á la pobreza y á los pobres, por amor a Jesus pobre. Desprendete de todo para no poseer mas que á Jesus que es el tesoro de los cielos y de la tierra. Así como el Niño Jesus se desprendió de todo por amor á su Padre celestial, así tú debes desprender tu corazon de todo por amor a Jesucristo. No ames sino lo que él ama, no quieras sino lo que él quiere, y considerate siempre como el mas rico si posees, por la gracia, el Niño Jesus en tu corazon.

CAPITULO XIV.

El Niño Jesus inocente.

Inocencia es estar libre de todo vicio y de toda mancha. Es inocente un niño cuando es enteramente puro y bueno. El Niño Jesus era inocente como la inocencia misma; del mismo modo que Dios es mas que bueno porque es la mi ma bondad, así el Niño Jesus era mas que inocente porque era la misma inocencia, la inocencia encarnada, la inocencia en forma de un tierno infante.

De tal modo aborrece Jesus todo pecado y toda mancha, que nadie jamás alcanzará á comprenderlo. Rechaza el vicio, como la luz rechaza las tinieblas y como el calor rechaza el frio. Su corazon en el pesebre era santuario de pureza y fuente abierta por Dios para que bebiesen allí los pecadores el perdon de los pecados y la pureza de la conciencia. En Jesus hallamos el tesoro divino de la inocencia perdido por nuestros primeros padres.

El Niño Jesus por ser inocentísimo no quiere en torno de sí mas que corazones puros é inocentes. La Vírgen era purísima é

inocentísima sin mancilla ni dé pecado venial; si criatura alguna puede decirse digna de dar á luz á Dios, Maria era digna de su Hijo divino. Lo mismo sucedia á proporcion con san José. Su alma era igualmente santa y su corazon fué ageno siempre á todo pecàdo.

Si los pastores y los magos no tuvieron pureza tan perfecta, tuvieron al menos un alma recta, síncera y veraz, amadora del bien y de la verdad y sin resistencia á las inspiraciones de la gracia.

Así debemos ser nosotros que aspiramos á la honra de formar la corte del Niño Jesus. Para ser admitidos á la dulce intimidad del Rey del pesebre, preciso es vestir su librea que es blanca del color de la inocencia. Nadie puede acercarse á él con otro trage que con el de la santa pureza. ¡Lejos de él los impuros! Si á tocarle se atreviesen, él los castigaria como sacrílegos.

Sin embargo, mira, hijo mio ó hija mia, cuan bueno y misericordioso es Jesus: llama á sí á todos los pecadores y á todos los pobrecitos impuros, y si se arrepienten los purifica tambien, que de malos los cambio en buenos, de impuros en puros, capaces de ser admiti-

dos en medio de los ángeles, con los magos y los pastores al lado de María y de José.

Tú has cometido sin duda algunas culpas en tu vida miserable, tal vez has perdido ya la blanquísima vestidura de la inocencia; has manchado el límpio velo del bautismo... ¡Pobre hijo mio ó hija mia! Ven y no temas. Tu rey es tu Salvador, tu dulce Salvador. Póstrate á sus piés y dile: «Dios mio, he pecado, he cometido mil torpezas y villanías...., perdonadme, purificadme, volvedme la gracia de mi bautismo, á fin de que pueda presentarme en vuestra presencia y no os sea motivo de dolor y de asco. Desde hoy, mi querido Niño, no haré mas ofensas á vuestro dulce amor. Nunca mas perderé vuestra gracia. Quiero merecer con la inocencia de mi vida la honra de ser siempre vuestro discípulo y amigo en la tierra, y en el cielo el compañero de vuestra eterna felicidad.»

CAPITULO XV.

El Niño Jesus manso y humilde.

Enseñando un dia Nuestro Señor al pueblo, concluia de este modo uno de sus divinos ser-

mones: «Venid á mí, todos los que sufrís y andais trabajados. Yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon y hallaréis en esto el reposo de vuestras almas.» Este llamamiento tan dulce y tan consolador nos dirige ya al nacer desde el fondo de su pobre pesebre, y sin decirnos palabra nos enseña desde allí el secreto de nuestra felicidad.

Este secreto es muy sencillo, cualquiera puede comprenderlo: consiste en dirigirse á Jesus por medio de la fe y de la oracion, en permanecer con él por la inocencia, el amor y la fidelidad, y en aprender de él la dulzura y humildad de corazon á fin de llegar á ser de esta suerte cada uno de nosotros otro Jesus. Unicamente en esto podrémos hallar la paz del alma y la verdadera felicidad.

No la busques en otra parte, hijo mio ó hija mia. Cuando tu madre está en su aposento ¿la hallarás si por ventura la buscas en otra parte? Lo mismo sucede con la felicidad; si quieres encontrarla preciso es buscarla donde está, en Jesucristo, en el Corazon de Jesus, en la mansedumbre de Jesus, en la humildad de Jesus.

Sea tu corazon manso como Jesus y con

Jesus; sufre con paciencia y sin enfadarte las pequeñas incomodidades de que está sembrada la vida, las privaciones, los dolores del cuerpo, los malos tratos, el mal genio de los demás, las injusticias de que eres objeto, las palabras ofensivas, en una palabra, cuanto puede serte ocasion de enojo ó de impaciencia. Seas manso de corazon, manso en tu gesto y ademanes, manso en tus palabras, manso en todas ocasiones, con todo el mundo y especialmente con los perversos. Entonces serás copia verdadera del Niño Jesus, y su imitador fiel y aprovechado discípulo. ¿No ves como en su pesebre se muestra dulce y afable á todos los que se le acercan? Sonrie con ternura y su sonrisa derrama la paz y el regocijo en aquella santa cueva; sufre en los de Belen su dureza de corazon y el abandono en que le dejan; en lugar de hacer morir al infame Herodes huye en silencio, y si llora, sus lágrimas no son sino de amor y de compasion.

Seas humilde como el Niño Jesus, humilde de corazon, humilde en realidad y no solamente en las apariencias. Nunca olvides que cuanto tienes de bueno en tu cuerpo y en tu alma, de Dios viene, á Dios pertenece y á

Dios debe otra vez dirigirse. Cuando haces, pues, algun bien por el cual te aman los otros y te alaban, devuelve fielmente á tu Dios aquella honra y aquella alabanza, pues nada tienes que no sea de tu Dios. Lo que, sí, tienes, y lo que debes atribuirte á tí mismo, hijo mio ó hija mia, son tus defectos y tus pecados. No vienen ellos de Dios que es santísimo, sino de tí mismo, y nada tienes de tu propiedad mas que esto solo. Conviene, pues, que te humilles y te humilles mucho á causa de tus defectos y pecados. Son tal vez mayores de lo que piensas, y eres tal vez menos bueno á los ojos de Dios que muchos de tus prójimos á quienes tratas con menosprecio y que recibieron menores gracias que tú.

¡Hijo mio ó hija mia! Seas de corazon humilde, manso y modesto. A nadie desprecies. Jesus detesta y desprecia el pecado, nunca al pecador. Humíllate pensando en tus faltas, mira poco las de los demás y mucho las tuyas y no te será difícil ser humilde de corazon. El Niño Jesus se veia siempre rodeado de nuestros pecados de los cuales quiso cargarse para de ellos librarnos á nosotros y siendo del todo inocente humillóse en presencia de su Padre y á los ojos del mundo, considerándose á sí propio

no como un simple pecador, sino como el gran pecador, responsable de todos los pecadores.

¡Oh Salvador mio! Quiero como Vos ser manso y humilde de corazon á fin de ser vuestro y amado de Vos! Dadme, os ruego, vuestra humildad y mansedumbre, cambiadme, porque yo ni soy manso ni humilde; mi corazon miserable fácilmente se irrita, volvedlo semejante al vuestro, á fin de que sea en todo tiempo dulce, bueno, paciente y suave: siéntese arrastrado al orgullo, á la vanidad, al amor propio, á la presuncion, volvedlo parecido al vuestro tan modesto y tan apacible.

CAPITULO XVI.

El Niño Jesus obediente.

Cuando se es manso y humilde, fácilmente se es obediente. La obediencia es como un perfume compuesto de mansedumbre y humildad.

El Niño Jesus era perfectamente obediente hasta el punto de no tener otra voluntad que la de su Padre celestial y la de Maria y de José. Nunca obró por sí mismo. Dueño

era de todo y de todos, y portóse como pobre criado sumiso a todo y a todos.

Al descender en su encarnacion al seno purísimo de la Vírgen, quiso que este acto no dependiese de él sino de ella. Para nacer en Belen y cumplir así los vaticinios de los profetas, quiso someterse al capricho de un emperador romano, como un súbdito se somete á su señor. En su pesebre, miradle sujeto á todo querer de su Madre y á la direccion de su Padre adoptivo. Déjase tomar en brazos y colocar otra vez en la cuna, ser envuelto con pañales y acostado en las pajas del pesebre. Pastores y Magos tómanle y vuélvanle á tomar, él no conoce mas que una sola palabra: obedecer.

De suerte que ya desde entonces pudo decirse en Jesus la frase que encontramos despues en el Evangelio al referirnos su juventud en Nazareth al lado de José y de Maria: «Les estaba sumiso.»

¡Hijo mio ó hija mia! ¿Eres tú sumiso, dócil y obediente? Por de pronto ¿obedeces de todo corazon a la ley de tu buen Dios? todo pecado es una desobediencia. ¿Eres humildemente sumiso á tus padres, á tus amos y a todos los que tienen derecho de mandar;

te? ¿Cuándo obedeces es de buen corazon y con gusto? Porque no basta obedecer, preciso es obedecer bien, obedecer con perfeccion cristiana. ¿Obedeces por motivos de fé, por ser esta la volunlad de Dios? ¿O bien solamente porque tienes ya hábito de eso y por buen natural? Aun en tus diversiones, con tus amigos ó amigas ¿procuras seguir con preferencia su voluntad, ó ceder fácilmente de la tuya?

Examina todo esto á los piés del Niño Jesus el gran Maestro de obediencia y sumision.

CAPITULO XVII.

El Niño Jesus en el Sacramento del altar.

Jesus está siempre real y corporalmente en medio de nosotros por medio del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. La Iglesia, es como un inmenso Belen donde el Rey de los cielos, oculto y cubierto bajo pobres apariencias, es adorado, reconocido, amado y servido por los ángeles y por los corazones fieles. Belen signtfica en hebreo *casa de pan:* la Iglesia es esta casa construida de piedras vivas que son sobre la tierra los cristianos y en el

cielo los santos y los ángeles: y este pan es nuestro Señor Jesucristo: pan de los ángeles, alimento eterno de los bienaventurados y nuestro espiritual alimento acá abajo en la santa Eucaristía.

La Eucaristía es en efecto Jesus presente y velado bajo la apariencia de pan, es Jesus en todos los misterios de su vida y de su gloria, es Jesus en todos los estados porque quiso pasar para obrar nuestra salvacion; está por consiguiente allí tambien el misterio de su santa infancia.

Sí, en medio de nosotros tenemos siempre al Niño Jesus. Sí, cuando estamos de rodillas ante el augusto Sacramento estamos á los piés del Niño Jesus, del mismo Niño Dios que reposó su cabeza un dia en el humilde pesebre de Belen. ¡Oh felicidad! ¡oh admirable portento! Nada tenemos que envidiar ni á los pastores ni á los magos, adoramos, vemos, tocamos, poseemos al mismo Dios anonadado por nuestro amor en el misterio de la Eucaristía, como delante de aquellos estuvo en el misterio de la Encarnacion. Por la Eucaristía continúa Nuestro Señor al través de los siglos el misterio de la Encarnacion y el de la redencion.

En ese gran Belen que es la Iglesia católica, el sacerdote perpetua por medio de su ministerio la otra de Maria, dando en cierta manera á luz sobre el altar, por medio de la consagracion, al Dios-hombre. En sus manos lo tiene, lo presenta á los fieles y se lo entrega amorosamente.

Lo dá á conocer por medio de su predicacion y de su enseñanza, amonesta á que le sirvan y le adoren, ayuda en lo que puede, para que le amen. Recibe de los fieles las limosnas destinadas al culto de Jesus, como la Vírgen y san Jose recibieron con gozo los pobres presentes de los pastores y los ricos regalos de los Magos.

Se lo dá en la sagrada comunion y vienen á ser ellos entonces cuna viviente donde se digna descansar el Niño Dios, cuna suave y mullida donde el pobrecito Niño está mejor que en la paja fria y dura de Belen, cuna querida que Jesus se preparó desde el principio del mundo y á la que glorificará de un modo admirable por toda la eternidad.

La luz que brilla noche y dia delante el Santísimo Sacramento, es como la continuacion de la estrella que brilló á los ojos de los Magos y que se paró sobre el lugar en donde estaba el

Niño Jesus. Es el símbolo de la fé siempre luminosa y del amor siempre ardiente que debemos á nuestro amado Jesus presente en el fondo de nuestros sagrarios. ¡Ay! ¡Cuán amenudo están desiertas y solitarias nuestras iglesias! ¡Desgraciadamente tambien bajo este triste aspecto se continua el misterio de Belen! ¡Llenas están nuestras poblaciones de Betlemitas duros é indiferentes que de todo se ocupan menos del Niño Jesus! Y no obstante por ellos está él aquí, únicamente por ellos, por su salud y por su felicidad.

Vamos pues á la Iglesia, hijo mio ó hija mia, vamos á Belen, visitemos amenudo, muy amenudo al Niño Jesus que tanto nos ama. Vamos á consolarle con nuestra presencia y á manifestarle que no en vano ha bajado del cielo á la tierra. Vamos sobre todo á recibirle en la sagrada comunion; nada alegra tanto el corazon del Niño Jesus.

Los que de veras le aman tienen hambre y sed de este sacramento y lo reciben con tanta frecuencia como pueden y con tanto amor como pueden.

Roguemos á Maria nos dé este amor á su Hijo Salvador nuestro, y unamos siempre nuestros ruegos y adoraciones a las de esta

Madre de amor para que sean con mas agrado recibidas por el Dios oculto en el pesebre y en la Eucaristía.

CAPITULO XVIII.

El Niño Jesus vivo y presente en nuestros corazones.

Jesus habita por medio de la gracia en nuestras almas bautizadas, de un modo mas perfecto que en la cueva de Belen. Por Belen no hizo en cierta manera mas que pasar, no se sabe á punto fijo cuanto tiempo pasó allí; tal vez dos meses ó tres, pues el furor de Herodes le obligó muy pronto á dejar aquel asilo. No pasa así en nuestras almas. Por el Bautismo se une íntimamente á ellas, ni se aparta ya mas, á no ser que ellas le rechazen á todo trance apostatando de la fe. Somos por medio del Bautismo sarmientos de la vid divina que se llama Cristo. «Yo soy la vid nos ha dicho y vosotros los sarmientos.» Le estamos íntimamente unidos y él está interiormente presente en nuestras almas para derramar en ellas su gracia y su Espíritu como la vid hace circular en los sarmientos la savía

ó jugo que hace nacer las hojas y los frutos. Todas las obras cristianas que tenemos la dicha de practicar son frutos espirituales que Jesus produce en nosotros y con nosotros por médio de su gracia.

¡Oh alma cristiana! ¡Cuán grande eres y cuán admirable! Eres templo de Dios, sagrario vivo de Cristo, santuario del Niño Jesus, del Rey de los ángeles, del Redentor del mundo. Nunca olvides, pues, la santidad de tu alma y de tu cuerpo elevados por Dios á tan alto grado de dignidad. Aquel á quien no pueden abarcar los cielos y la tierra habita en tí y tiene en tí todas sus delicias. ¿Osarias pecar en su presencia? Osarias profanar su templo y manchar su tabernáculo?

¡Hijo mio ó hija mia! Adora siempre á Jesus presente por la gracia en el fondo de tu corazon. Esta adoracion interior es lo que se llama recogimiento y union con Dios. ¡Cuánto mas estés en su compañía, tanto mejor para él y para tí! Quisiera que en él pensases siempre como piensa él en tí, quisiera que en él y por él hicieses todas tus acciones, como él lo hizo todo por tí, en tí y contigo. Jesus te es siempre fiel en todo, seasle asimismo fiel

á todas horas, ó lo menos infiel que te sea posible. Procura imitar en el recogimiento de tu corazon á Maria en el retiro de Belen; estaba allí atenta siempre, amorosa, sin apartarse un momento de su Niño Jesus á quien amaba mas que á todas las cosas, hacíalo todo y todo lo sufria alegremente con él y por amor de él.

Bendito sea pues para siempre en el cielo, en el santísimo Sacramento y en el fondo de nuestras almas el Niño Jesus, nuestro Dios, nuestro Criador, nuestro Señor, nuestro Rey, nuestro Redentor, nuestra vida, nuestro alimento, nuestro gozo, nuestro amor y nuestra esperanza. Bendita sea con él la santa Iglesia católica que sobre la tierra nos da este tesoro inefable, y bendita sea en el cielo la santa é Inmaculada Vírgen Maria por la cual fué dado al mundo.

FIN.

ÍNDICE.

Pag.

FIN.

BIBLIOTECA POPULAR

BAJO

LA PROTECCION DE SAN JOSÉ,

calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

OBRITAS EN 16.° Y EN RÚSTICA.

EL NIÑO JESUS, por Mons. de Segur.	60 rs. el ciento.
LIBRO DE LA IMITACION DE MARIA.	50 » »
BREVÍSIMA IDEA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION. . .	20 » »
ORACION DEL P. ZUCCHI Á LA VÍRGEN MARIA.	35 » »

Cada ejemplar vale tantos céntimos como reales el ciento.

Por cada diez de pago, se dan dos gratis.

Tanto el *Libro de la Imitacion de Maria* como *El Niño Jesús* se remiten, franco el porte, á 2 reales el ejemplar encuadernado en percalina, y á real y medio en imitacion de chagrin.

Por cada diez ejemplares de pago, se dan dos gratis en rústica.